

# CARTA DEL PRESIDENTE



## Cultura de la belleza y belleza de la cultura

La constancia y empeño de nuestro editor nos permite presentar el décimo número de la revista *Valores*, que, en buena medida, reproduce los trabajos presentados por distinguidos académicos y especialistas en el Ciclo de Arte y Literatura organizado por la Academia del Plata durante el año pasado, con notable éxito de asistencia.

De hecho, tal como fuera recordado por la Académica de Número Lic. Isabel de Ruschi, nuestra corporación nació en 1878 como Academia Literaria del Plata, por la iniciativa de tres jóvenes estudiantes del Colegio del Salvador, “quienes propusieron al Rector del Colegio –el padre Esteban Salvadó- la fundación de un centro literario, a fin de fomentar su amor a la filosofía católica, a la literatura, y conservar el espíritu cristiano recibido en el colegio de la Compañía. Se buscaba organizar una sociedad que, en consonancia con la inclinación literaria manifestada desde las aulas por los jóvenes, disciplinara a sus socios en el uso de la palabra y de la pluma, a fin de defender los intereses de la Iglesia en el Parlamento y en la prensa [...]”<sup>1</sup>

La Academia del Plata ha procurado mantenerse fiel a ese antiguo legado. Fue creada para el desarrollo del intelecto en el aprendizaje del estudio y la investigación, pero puestos al servicio de la verdad, el bien y la belleza, como cuadra a su deber de dar testimonio del pensamiento católico en la vida cultural argentina. Ha incluido entre sus

---

<sup>1</sup> *Orígenes de la Academia Literaria del Plata y su aporte a la evangelización de la cultura en torno a los dos centenarios patrios*. Discurso pronunciado el 6 de mayo de 2009 por la Lic. Isabel De Ruschi con motivo de su incorporación como Académica de Número de la Academia del Plata. El texto completo puede leerse en nuestra página web: [www.academiadelplata.com.ar](http://www.academiadelplata.com.ar)

miembros a notables artistas y escritores, que hoy deben empeñarse en una lucha desigual, planteada por poderosas corrientes ideológicas que se han propuesto el control de los espíritus y de las inteligencias, como medio imprescindible para destruir la fe cristiana y su relación con la cultura, la moral y las costumbres sociales o estilos de vida.

Aquellos trascendentales o universales del ser –la verdad, el bien, la belleza- son precisamente los blancos favoritos de la ofensiva contracultural. La modernidad, en efecto, ha procurado hacer del arte, la literatura, la música, muestrarios de fealdad u obscenidad. Nadie se ha lamentado mejor de ello que el gran filósofo y pensador Roger Scruton, quien, en su libro de necesaria lectura, justamente titulado *La belleza*, advierte que el arte ha perdido su carácter sagrado, puesto que ha dejado de referir a un plano espiritual superior. Cuando el arte olvida o se desentiende de la belleza, decía Scruton, también pierde el sentido de la vida. Porque para Scruton -en sintonía con Platón, Aristóteles y el pensamiento cristiano-, la belleza se identifica con el bien y la verdad.

Esta es asimismo la doctrina de Santo Tomás de Aquino: “Lo bello es lo mismo que el bien con la sola diferencia de razón. En efecto, siendo el bien lo que apetecen todas las cosas, es de la razón del bien que en él descansa el apetito; pero pertenece a la razón de lo bello que con su vista o conocimiento se aquiete el apetito. [...] “Y así queda claro que la belleza añade al bien cierto orden a la facultad cognoscitiva, de manera que se llama bien a lo que agrada en absoluto al apetito, y bello a aquello cuya sola aprehensión agrada.”<sup>2</sup>

Es sintomático de nuestra era, en cambio, que, pretextando obrar en los límites de la creación artística, se promuevan los desórdenes y las perversiones sexuales, otorgándoseles libertades para su práctica con más facilidades que para ejercer una actividad lícita; se busque difuminar la imagen de la familia de siempre, que viene incluso de los tiempos pre-cristianos, buscando su extinción; se ataque la fe, proponiéndose su canje por una vida donde los valores sean el placer y el dinero; se fomente la vulgarización de las artes, de donde va desapareciendo la figura humana, excepto cuando se trata de imágenes pornográficas; igual se hace con la cultura, que se ve acorralada por la barbarización de las lenguas y las costumbres, a través de los programas de televisión, el cine y las redes sociales.

Esto es el fruto de una ideología falsa, fundada en una supuesta autonomía de la persona y el principio de inmanencia. Para ella el hombre no tiene una naturaleza a la que deba obedecer, sino que, en el mejor de los casos, se la construye a sí mismo, en un eterno hacerse y deshacerse, como ejercicio de una libertad sin normas ni contenidos, a no ser el de la misma libertad. La modernidad, pues, al sublimar o divinizar al hombre en su subjetividad, no hizo sino reactualizar el lema del sofista Protágoras de Abdera: “El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto son, de las que no son en cuanto que no son”. A lo que Platón responderá con contundencia: “Dios ha de ser nuestra medida de todas las cosas”<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> *Suma de Teología*, I-II, q. 27, a. 1, ad 3.

<sup>3</sup> Platón, *Las Leyes*, IV, 716, c.

Hay que recordar pues que la belleza es objetiva, con independencia del sujeto. Aunque la contemplación de lo bello conlleve un gozo espiritual, la belleza no es ese embeleso, sino aquellas propiedades que hacen que dicha contemplación resulte agradable. La belleza, igual que lo bueno, no tiene su origen en el hombre contemplativo, sino en las cualidades del objeto contemplado. Las cosas bellas o buenas, por ende, no dejarán de serlo porque el hombre embrutecido de la modernidad se haya hecho incapaz de reconocerlas.

Disfrute pues amigo lector de estas lecturas que le proponemos, confiando en que aproximándose a grandes maestros del arte y la literatura estará sumándose al buen combate por la supervivencia de la cultura.

*Gerardo Palacios Hardy*